

Escenas parlamentarias

El diálogo Norte-Sur

A las cinco y veinticinco de la tarde estalló la bomba. No se asuste el lector des-cuidado hacia la información de actualidad. La bomba que estalló en el Congreso fue una bomba parlamentaria y constitucional, una bomba decente, como Dios manda y como el derecho penal permite. Estalló una bomba llamada «moción de censura». Por primera vez en esta democracia en pañales, un partido político ejercía ese derecho constitucional que consiste en intentar derribar al Gobierno y presentar un candidato nuevo al cargo de presidente. Naturalmente, ese candidato se llama don Felipe González, el mismo que, antes de que las urnas le negaran la victoria electoral, anunciaba que ya podían ir encalando las paredes de la Moncloa.

En esta ocasión, la candidatura a la Moncloa ha sido presentada con más seriedad, aunque con menos salero. Durante tres cuartos de hora, don Felipe González ha pronunciado el discurso más serio, más eficaz, más contenido y más brillante de todos cuantos se habían pronunciado hasta entonces en el «gran debate». Había huido de la tentación de la anécdota, quizá aleccionado por el mal ejemplo de don Santiago Carrillo. Había rechazado la tentación de leer su discurso, quizá escarmentado por la larga lectura que de su discurso hizo don Adolfo Suárez. Había escapado a la tentación del tono apocalíptico y acalorado, quizá para alejarse del ejemplo de don Manuel Fraga. Sus acusaciones eran duras, pero respetuosas, serenas, casi cordiales. Tomaba apoyo para sus argumentos en cifras y datos, pero manejándolos con soltura y sin fatiga. Se excedía del tiempo reglamentario, pero pidiendo perdón, seguramente a sabiendas de que el señor presidente del Congreso no iba a cometer la torpeza de comportarse con severidad. Quedaba lejos en el recuerdo aquel muchacho vehementemente, con camisa a cuadros, de los actos electorales. Palabra medida y traje bien cortado. O sea, elocuencia digna y sastrería buena. Dos sorpresas: la moción de censura y el sujetador de la corbata. Iba a ser el protagonista de la primera moción de censura bajo la Constitución del 78. Algo así como una primera comunión parlamentaria. Dejó caer la bomba con la elegancia de quien cumple un deber moral e irremediable, casi pidiendo excusas, como hicieron los americanos cuando arrojaron la bomba sobre Hiroshima.

Seguramente, el señor González sabe muy bien que lo más probable es que no gane la moción de censura. Para ganarla no sólo habría que alcanzar una mayoría contra el Gobierno del señor Suárez —cosa posible y aún probable—, sino una mayoría que le dejara investido como presidente del Gobierno —cosa posible, pero absolutamente improbable—. Una cosa es decir que no se está de acuerdo con Suárez y otra muy distinta votar a Felipe. Eso ya es harina de otro costal. Pero el país atraviesa por el más difícil momento desde la transición, y don Felipe González, jefe del más importante partido de la oposición, aprovecha la circunstancia para apretarle al Gobierno todas las tuercas constitucionales. Hace bien. Está en su derecho y en su papel. Aunque pierda la votación. O sea, aunque todavía no vayan a encalar las paredes de la Moncloa.

Mientras hablaba don Felipe González, el presidente del Gobierno tomaba notas. Adolfo miraba a Felipe con visible admiración. Parecía decirse a sí mismo: «Este muchacho ha progresado mucho en el arte parlamentario». Y tal vez por eso el señor presidente

del Gobierno pensó que había que echar sobre el discurso y sobre la Cámara unas sombras oscurecedoras. Había que traer al debate alguna tenebrosidad. Cerca de él tenía al mejor especialista en estos menesteres. Y se levantó a hablar el señor Abril Martorell. Confieso una vez más mi incapacidad para resumir en unas notas inteligibles los discursos de don Fernando el Caótico. Pero es que el señor Abril estuvo ayer más caótico que nunca. Lo único que logré anotar —eso sí, hasta cuarenta y cuatro veces— es que el señor Abril propugnaba un diálogo Norte-Sur.

Don Felipe González se había referido, de pasada, a una Conferencia Norte-Sur. Y el señor Abril orientó hacia allí su brújula. No preguntarme. No esperéis que yo logre explicar para qué demonios quería don Fernando Abril que se estableciese un diálogo Norte-Sur. A los pocos minutos de discurso, uno no sabía si ese diálogo Norte-Sur se refería a un diálogo entre empresarios y trabajadores, entre empresas y sindicatos, entre la Administración Pública y los entes autonómicos y locales, entre el País Vasco y Andalucía, entre don Pelayo y los majos de Cádiz, entre el socialismo sueco y el racismo sudafricano, entre la Policía Montada del Canadá y los habitantes de la Patagonia, entre el Gobierno y la oposición, entre los países petrolíferos y los países subdesarrollados, entre la industria y la agricultura, o sea, entre los altos hornos y los pepinos, o entre la Estrella Polar y la Pirámide. Lo juro por mis antepasados y por mis descendientes. No lo sé.

Me consoló comprobar que tampoco don Felipe González había desentrañado la extraña metáfora. Y me confortó comprobar que, a falta de la virtud de la claridad, el discurso de don Fernando Abril tenía casi prodigiosas virtudes de eficacia hilarante. En el Congreso está prohibido hacer ninguna clase de manifestaciones desde la tribuna de Prensa y desde los palcos del público. Pero las risas contenidas estallaban y salían de los rostros morados por el esfuerzo de contener la carcajada. Los señores diputados sufrían el mismo trance. Unos, más discretos o voluntariosos, se llevaban la mano a la boca para sujetar la catarata de risa. Otros, más sensibles al ataque, como don Antonio de Senillosa, daban saltos en su escaño. Hasta me pareció ver que don Adolfo Suárez escondía la sonrisa. Don Landelino Lavilla, escrupuloso postulador del silencio en las tribunas, esta vez no se atrevió a pedirlo. Debí de comprender que hay en el ser humano impulsos insuperables, necesidades e imposiciones de la naturaleza humana absolutamente invencibles.

Lo que le sucedió después al señor Jiménez Blanco es que llevaba el discurso escrito y que lo había escrito, lógicamente, antes de la bomba. Y, claro, sus señorías fueron escurriéndose hacia el bar para poder hablar del suceso. Lo que había escrito el señor Jiménez Blanco ya no le interesaba a nadie. Era como si hubiese seguido tocando el violín en medio del incendio del teatro.

Todavía quedaba por estallar otra bomba parlamentaria. El socialista vasco señor Solchaga echó sobre el tapete el tema del terrorismo de ETA. Y pidió la palabra el señor ministro del Interior. No está acostumbrado este Parlamento a enfrentarse con las verdades desnudas. Si el debate que anoche se produjo sobre el terrorismo se hubiese mantenido hace dos años quizá no estaríamos enterrando víctimas todos los días. Pero eso ya lo contaré mañana.—Jaime CAMPANY.